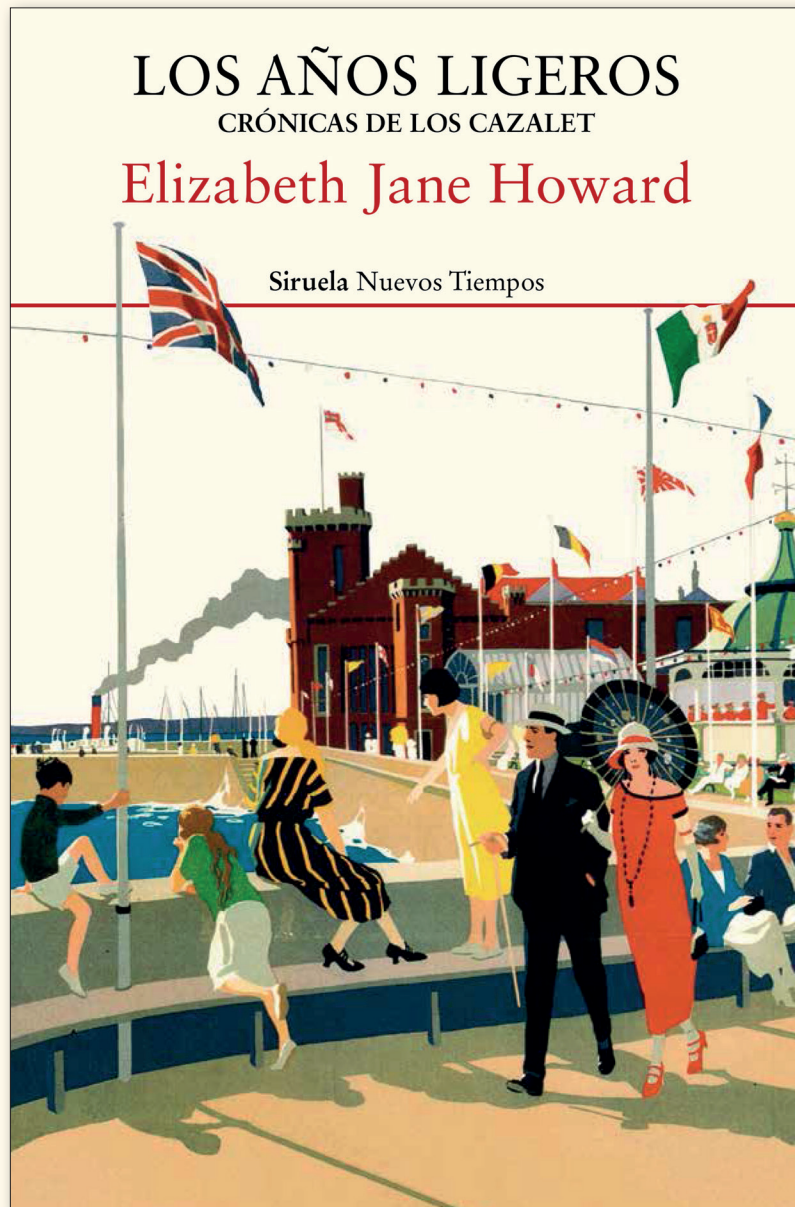


LOS AÑOS LIGEROS

CRÓNICAS DE LOS CAZALET

Elizabeth Jane Howard



EN LIBRERÍAS EL 26 DE ABRIL

Ediciones Siruela

La autora

Elizabeth Jane Howard (Londres, 1923-Suffolk, 2014) escribió quince novelas que siempre recibieron una extraordinaria acogida de público y crítica. Mujer polifacética, antes de convertirse en escritora también fue actriz y modelo. Estuvo casada con Kingsley Amis. En 1951 se hacía con el Premio John Llewellyn Rhys por su primera novela, *The beautiful visit*, galardón que ya iba anticipando el destacado lugar que ocuparía en el panorama narrativo británico.

Varias novelas precedieron a su obra más conocida, la saga familiar de los Cazalet. Los cinco volúmenes que la componen, editados como *Crónicas de los Cazalet* y convertidos ya en un hito inexcusable dentro de las letras inglesas, fueron adaptados con gran éxito a la televisión y a la radio por la BBC. En el año 2002, su autora fue nombrada Comandante de la Orden del Imperio Británico.



Cuando en 1990 Howard publicó el primer volumen de la saga, puso la piedra de toque de lo que se convertiría en un inmediato clásico contemporáneo y en la novela-río más importante escrita en Gran Bretaña desde *Una danza para la música del tiempo* de Anthony Powell. En *Los años ligeros*, la autora perfila con exquisitez la geografía íntima de una familia y de un modo de vida que, irremisiblemente, pertenecían ya al mundo de ayer.

El último gran clásico de la novela inglesa del siglo XX

«¿Por qué no veían que tenía derecho
a disfrutar de una vida propia?».

Por fin se publica en castellano lo que podría calificarse como un verdadero clásico moderno, la novela más importante escrita en Inglaterra desde que se editara *Una danza para la música del tiempo*, de Anthony Powell. Un fenómeno literario que la crítica considera a medio camino entre *La señora Dalloway* y *Downton Abbey*. Los Cazalet tienen criados, niñeras y chóferes, dinero y posición social, una casa en la campiña donde veranear y una educación fuera de toda duda. Mandan a sus hijos a internados y educan a sus hijas en casa, en esa línea victoriana que supone el respeto total al marido y a normas no escritas de comportamiento... De hecho, no aprecian (o no quieren hacerlo) la homosexualidad de la tía Rachel ni el comportamiento inmoral y mujeriego del tío Edward. Estamos en el periodo de entreguerras, en la Inglaterra que va viendo cambiar las formas más clásicas —personal y socialmente— y tradicionales de vida, en especial para las mujeres.

«Era como si aquella guerra hubiese sido su juventud; lo de antes había sido la infancia, la vida jalonada por unas vacaciones maravillosas y trimestres escolares que resultaban soportables gracias a las temporadas en familia».

Elizabeth Jane Howard se hizo famosa tras escribir estas crónicas que, en un paralelismo hábil y perspicaz, se basan en su propia historia familiar, trazando el recorrido vital de una saga de clase alta acomodada que se convierte en impecable y fiel retrato de una época, y de los cambios que en ella se forjaron. La voz de la autora inglesa es ágil, directa, sencilla, a veces en apariencia casual o improvisada, pero siempre reveladora, escondiendo un trabajo de escritura tan arduo e ingenioso como sutil. Desde el primer momento supo atrapar la atención de la crítica y de los lectores, cuyos halagos no solo ensalzaban su artesanía narrativa y su aguda observación del mundo, también su capacidad para crear personajes empáticos y emocionalmente potentes.

La escritora Hilary Mantel opina que las exquisitas novelas de Howard, donde esta hablaba con gran acierto de la ilusión y el autoengaño, fueron eclipsadas por su turbulenta vida privada... La gente bien educada no provocaba escándalos ni hacía ruido, decía su madre, pero ella consideraba que aquel no era el camino más acertado para el crecimiento creativo. Sus textos abundan en particularidades y gestos, en los tonos de comedia y humor, pero también ocultan recias corrientes subterráneas cargadas de apatía, miedo

y ansiedad, que amenazan con bloquear la supuesta ligereza y cotidianidad de los personajes.

«En el mostrador, el señor Cramp estaba cortando beicon con la máquina. Por encima colgaba una tira llena de moscas que chocaba contra su cabeza calva cada vez que cogía una rodaja y la ponía en el peso, y de vez en cuando una mosca muerta hacía mil años caía como una uva pasa sobre el mostrador. Su clienta, que estaba narrando a saber qué desgracia, calló cuando Sybil y Villy entraron en la tienda, y el tiempo fue lo único de lo que se habló mientras las señoras permanecieron en la tienda».

La novela refleja a la perfección costumbres y peculiaridades que marcaban a la alta sociedad británica de los años treinta, un mundo a caballo entre el respeto a los más estrictos preceptos y protocolos, y las nuevas libertades que venían empujando y obligaban a cambiar de pensamiento. Howard plasma con enormes dosis de naturalidad el ambiente burgués repleto de eventos y actos sociales, pero también aquella realidad —de esnobismo y no menos hipocresía— donde los principios de clase se han ido ajustando a los económicos, y la posición social ya no viene marcada tanto por el nombre de la familia como por la cantidad de dinero que se maneja.

Elizabeth Jane Howard se nos descubre como una magnífica narradora, una avezada e ingeniosa cronista, y una más que profunda analista de los sentimientos humanos y de las costumbres sociales que muchas veces los rigen. La autora gusta de recrearse en los detalles, en los comentarios sutiles, los pensamientos silenciosos y en gestos tan vívidos como elocuentes. Con estilo verdaderamente distinguido, agradable y envolvente, consigue levantar una historia que absorbe y atrapa desde sus primeros momentos. *Los años ligeros* se descubre ante el lector neófito de Howard como un auténtico tesoro literario. Muchas veces divertida e irónica, otras triste, siempre entretenida, inteligente y emotiva, esta historia que parece beber de los clásicos literarios ingleses, consigue conmover en su faceta más humana, y a la vez provocar la curiosidad del observador social de la época. En definitiva, un libro que convence y conquista.

«Pero al cabo de tantos años de dolor y repugnancia por lo que su madre había llamado en cierta ocasión «el lado horrible de la vida matrimonial», tantos años de días solitarios ocupados por actividades sin sentido o por el aburrimiento a secas, tantos años de embarazos, niñeras y planificación de incesantes comidas, le parecía como si hubiese renunciado a todo a cambio de poca cosa. Se había ido acercando a esta conclusión por etapas de las que apenas era consciente, disfrazando el descontento con actividades nuevas que, como era una perfeccionista, la absorbían rápidamente».

Embarcarse en las *Crónicas de los Cazalet* implica iniciar un viaje en el tiempo del que pocos se querrán apejar sin conocer nuevas rutas y destinos.

Los años ligeros

«Hacer malabarismos con la verdad o callársela sin más, se llamaba buenos modales o cariño, y se suponía que allanaba el rutinario o espinoso camino de la vida matrimonial cotidiana».

Home Place, la distinguida casa señorial que en la campiña de Sussex tienen los Cazalet, se convierte cada verano en perfecto destino para la retirada y recreo de tres generaciones familiares: dos abuelos, cuatro hijos, nueve nietos... además de innumerables parientes, criados y otros visitantes de prestigio. Corre el año 1937 y a salvo de los vientos de guerra que soplan en el continente, esta gran mansión se convierte en el espacio ideal para disfrutar de días soleados, comidas en buena compañía, juegos familiares, algún que otro pícnic, largos paseos y baños en la playa. El aire del mar suaviza el carácter y parece empequeñecer los problemas de una familia que afronta sus quehaceres e historias diarias con la naturalidad de quien vive cada momento como si fuese todo un acontecimiento. De hecho, aquel y el siguiente, acabarán siendo para todos, dos veranos inolvidables.

Hugh, Edward, Rupert y sus respectivas esposas e hijos se reúnen con sus padres y su hermana soltera Rachel durante algo más de dos meses. Tiempo que, aunque pueda parecer lo contrario, da para mucho en aquel espacio tan aislado e idílico... Actividades que van de lo cotidiano a lo trascendental: desde el rescate de un gato de lo alto de un árbol o el despido inesperado de un sirviente, hasta el peso y miedo asociados a la inquietante amenaza de otra cruel guerra. Pasiones, sueños, silencios y ambiciones de una familia que, tras su indolente y ligera rutina diaria, parece representar la más sana felicidad. Esa que durante mucho tiempo ya no volverá a conocer el país.

«Había conocido a Villy en una fiesta y se había casado con ella tan pronto como hubo vencido el contrato con la compañía de ballet en la que esta bailaba y tan pronto como hubo acatado la orden del Jefe de que a partir de ese momento su carrera de bailarina había de terminar. “No debe uno casarse con una chica que tiene la cabeza puesta en otras cosas. Si el matrimonio no es la carrera de la mujer, no será un buen matrimonio”».

Aunque está completamente enamorado de Sybil, con la que de nuevo va a ser padre, Hugh, el hermano mayor, excombatiente de la Primera Guerra Mundial, vive sin poder aliviar la tormenta de recuerdos que le atenazan ante la perspectiva de un posible conflicto. Edward, listo, apuesto y encantador, está preocupado por asuntos más mundanos, mientras que su mujer, Villy, desesperadamente aburrída, desconoce sus continuas infi-

delidades. Rupert es un artista de enorme talento que descubre por momentos que no puede pintar y ser un buen marido con su hermosa y exigente mujer, Zoë. Y finalmente, Rachel, solitaria, gris y tan leal a su familia que no tiene tiempo para estar con Sid, la encantadora (y encubierta) mujer por la que siente devoción...

«Si había otra guerra solo podría ser peor, porque la gente no dejaba de decir que los buques de guerra, aviones, las armas y todo lo que podía empeorarla se habían perfeccionado gracias al desarrollo científico. La próxima guerra sería el doble de espantosa y el doble de larga. Muy en su fuero interno, envidiaba a Louise por no temer más que al internado; al fin y al cabo, ya tenía catorce años, y dentro de dos o tres años sería demasiado mayor para ir. Pero nadie era demasiado mayor o demasiado joven para la guerra».

En aquellos días, el nacimiento del pequeño William se acabó convirtiendo, a la vez, en una alegría y un drama, por lo complicado del parto y la muerte final de su bebé mellizo. Pasaron más cosas, muchas... William, el patriarca familiar, tan silencioso como siempre, se lanza a la compra y rehabilitación de la cercana Mill Farm. Al más pequeño de sus nietos se le cayó un diente cuando montaba en bicicleta, mientras que a la mayor le venía por primera vez la regla. Edward conoce a Diana, la que podría haber sido una amante más, pero no lo fue. Rupert tiene que asumir su necesidad de seguir dando clases si quiere mantener los caprichos de su mimada esposa. Y Rachel, pese al amor que siente por su amiga, no termina de aceptar su lesbianismo. Pero estos son solo algunos de los hechos que esos días acaecieron a esta familia socialmente acomodada.

Personajes principales

Hugh es el mayor de los cuatro hermanos Cazalet. Sufrió la guerra en primera persona, hecho que le ha dejado secuelas físicas, una salud debilitada y continuas jaquecas que le convierten en un hombre irritable y colérico. Directivo, como Edward, en el negocio maderero de la familia, está casado (sumiso y totalmente enamorado) con **Sybil**, una mujer responsable y entregada a la familia que gusta de la vida social e intelectual; está embarazada y pronto dará a luz a su tercer hijo, tras **Polly** —esta pizpireta niña de doce años es tan curiosa como revoltosa, no sabe estarse quieta— y **Simon** —un año menor, es el mimado de la casa aunque pase mucho tiempo en el internado—. Aunque pertenezcan a la servidumbre, Nanny como aya e Inge como criada, casi forman parte esencial de la familia.

Edward es el atractivo y seductor de la familia. Aunque está casado con **Villy**, guapa pero aburrida y superficial, lleva una vida libertina y cargada de actos sociales. Después de dieciocho años de matrimonio y tres hijos (**Louise**, amante de los animales y cada vez adulta, **Teddy**, en plena edad del pavo, y **Lydia**, la preciosa y consentida pequeña de la familia), su relación es más bien cordial —incluso en la cama—, aunque en público mantengan una imagen muy diferente... La efectiva carga de una férrea educación victoriana. Trabaja dirigiendo la empresa familiar y su preocupación se centra básicamente en ella. Y en las mujeres. Salió ileso de la Gran Guerra y eso es algo que parece pesarle cada vez que está con su hermano mayor.

«Las chicas se enamoraban de él con facilidad (...). Los fines de semana se marchaba a jugar al tenis, a cazar o a bailes campestres; debía de haber conocido a más padres de chicas con las que se comprometía sin dudarle que la mayoría, y siempre salía airoso. La guerra ni la mentaba: parecía como si hubiese sido un internado especialmente desagradable en el que la muerte y la mutilación, en lugar del mero acoso, hubieran sido la norma, pero ahora ya era agua pasada y había empalmado con unas vacaciones eternas».

Rupert es el menor de los hermanos, el artista del clan, un pintor con talento y un gran padre que sufrió mucho cuando murió su primera esposa. De ella le han quedado dos hijos: la siempre seria **Clary**, de doce años, y **Neville**, el pequeño asmático y asustadizo. Está casado en segundas nupcias con **Zoë**, bella y egoísta, provocadora e irresponsable, caprichosa y encarada... Pero de la que está perdidamente enamorado. Procura seguirle los pasos en sus deseos de ajetreada vida social, e incluso mira hacia otro lado cuando coquetea con otro hombre, pero eso no hace que ella gane prestigio ante los ojos del resto de la familia.

Rachel ronda los cuarenta y hasta ahora no ha tenido ninguna relación estable. Se preocupa casi en exclusiva de la casa señorial y de sus padres, como si en ello le fuese la vida. Buena, tranquila, con gran sentido del deber, decente y de hábitos sosegados, se ve y mantiene correspondencia con **Sid**, mujer por la que guarda con discreción unos profundos sentimientos que no se ve capaz de compartir con toda la familia. Será ella quien se encargue de acomodarlos a todos en la gran casa.

William Cazalet, o el Brigada, como también le suelen llamar, es el patriarca de la familia, señor y dueño de Home Place. Sus costumbres, de hombre adinerado y holgada posición, pasan por montar a caballo, leer el periódico a diario — con su exclusivo monóculo — y sus continuos proyectos de reforma. **Kitty**, la Duquesita, es su mujer y madre de sus hijos, una mujer feliz y satisfecha con el ritmo de vida sencilla que lleva: su fama de exigente victoriana la precede — nada de comidas indigestas ni de lujos, ni pretensiones en relación con su aspecto ni con el de su familia y sus criados —, de ahí el sobrenombre por el que todos la conocen.

«El miércoles pasado fue precioso, ¿a que sí? A veces pienso, o quizá no tengo más remedio que pensar, que aprovechamos más los valiosos momentos que compartimos que la gente que no tiene nuestras dificultades, que puede quedar y mostrarse cariñosa en público abiertamente y cuando quiere. ¡Ay! ¡Cuánto te echo de menos! Eres la criatura más excepcional, más milagrosa, que conozco, mucho mejor persona que yo en todos los sentidos posibles. A veces desearía que no fueras tan enteramente buena: tan desinteresada, tan generosa e incansable en tus atenciones y tu bondad para con todos. A mí me pierde la avaricia; te quiero solo para mí».

Han dicho de su trabajo

«Elizabeth Jane Howard es, con Iris Murdoch, la escritora más interesante de su generación. Instintivamente, a la manera de Muriel Spark, posee un singular ojo poético y una penetrante cordura».

MARTIN AMIS

«Tan distinguida, elegante y refinada como sus incontables admiradores podrían esperar».

JULIAN BARNES

«Una de esas escritoras que demuestran para qué sirve la novela, abriendo nuestros ojos y nuestros corazones».

HILARY MANTEL

«Una deslumbrante reconstrucción histórica».

PENELOPE FITZGERALD

«Una escritora inteligente y perspicaz».

PETER ACKROYD

«Con el tiempo sus *Crónicas*, como las de Trollope, se leerán como clásicos sobre la vida en Inglaterra».

SYBILLE BEDFORD

«La autora insta al lector con gracia, ingenio e inteligencia a sumergirse en la vida interior de sus personajes, y en las emociones y las lealtades subterráneas de una familia. Y lo hace con una radiante humanidad, cercanía y verdad».

The Times

«Aunque autores como Virginia Woolf y Katherine Mansfield abrieron una nueva forma de ver el mundo, los buenos libros de mujeres se desvanecieron con el tiempo. En los ochenta, las publicaciones feministas los llevaron de nuevo a las estanterías. Como es el caso de Howard: a pesar de su éxito tardío, destaca por virtudes como la construcción inmaculada o una observación impecable».

The Observer

«Su honestidad sin remordimientos, usando las palabras adecuadas, implica que ella siempre elige la correcta, la que tiene la cualidad de transmitir una revelación inesperada».

Daily Telegraph

«Elizabeth Jane Howard vertió su vida en sus libros, convertidos en un desbordamiento de sí misma».

The Guardian

«Absorbente. Howard demuestra que es una gran observadora».

Vogue

Si necesitas más información,
puedes contactar con:

Elena Palacios
epalacios@siruela.com
Tel.: 91 355 57 20

 **Siruela**
www.siruela.com